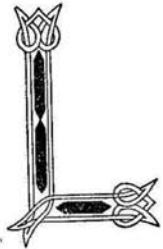


EL CASTILLO DE LOZANO



OS únicos que habían aprovechado las discusiones y peleas entre cristianos, eran los moros. He aquí cómo la ambición romana favorece a veces a los hijos de Cristo.

Los moros volvieron a la carga. Entraron por Castilla desbaratándolo todo a su paso, pillando e incendiando.

Al llegar el Cid a Burgos se encuentra con que el rey lo está esperando para salir contra los invasores.

La corte y el pueblo lo reciben en triunfo. El rey lo abraza y no le permite hincar una rodilla en tierra al saludarlo. Mil coronas caen sobre su cabeza desde todas las alturas, y el pueblo en delirio aplaude a su héroe, al hombre que no sólo sabe triunfar con la espada, sino también con la palabra.

El pueblo ha encontrado quien le estremezca, quien lo saque de lo habitual y dé alimento a su espíritu y a su imaginación. El pueblo adora en Rodrigo la fiesta maravillosa de sus propias vibraciones, adora en él su hambre de grandeza, su sed de realizarse.

El Campeador, él solo, es el espectáculo de España.

V. HUIDOBRO

Al salir de los festejos del palacio, una noticia salta a recibirlo en la punta de su lanza. Los moros están sitiando el castillo de Lozano y Jimena hace dos días se defiende adentro heroicamente con un puñado de asturianos.

Saberlo Rodrigo y temblar de pies a cabeza, todo fué uno.

Rápido como el rayo reúne cuarenta lanzas. Llama a sus amigos Martín Antolínez, Muño Gustioz, Alvar Fáñez, Per Vermúdez, y saltando de la mesa a los caballos, vuela con ellos hacia el castillo.

Envía recado a su padre y a su tío Arias Gonzalo para que le preparen más gente por si llega el caso de verse obligado a hacerlos llamar. Todo lo prepara, nada olvida, sólo se olvida de sí mismo. En su carrera vertiginosa se deja atrás él mismo.

El sol angustiado se retuerce moribundo y se hunde en aguas lejanas con los ojos enrojecidos de tristeza.

Se nubla el cielo, un viento se levanta y se acerca a paso de viento. Sopla dulce y agudo. Engañador, viento hispano, viene a matar hombres y no a apagar candiles.

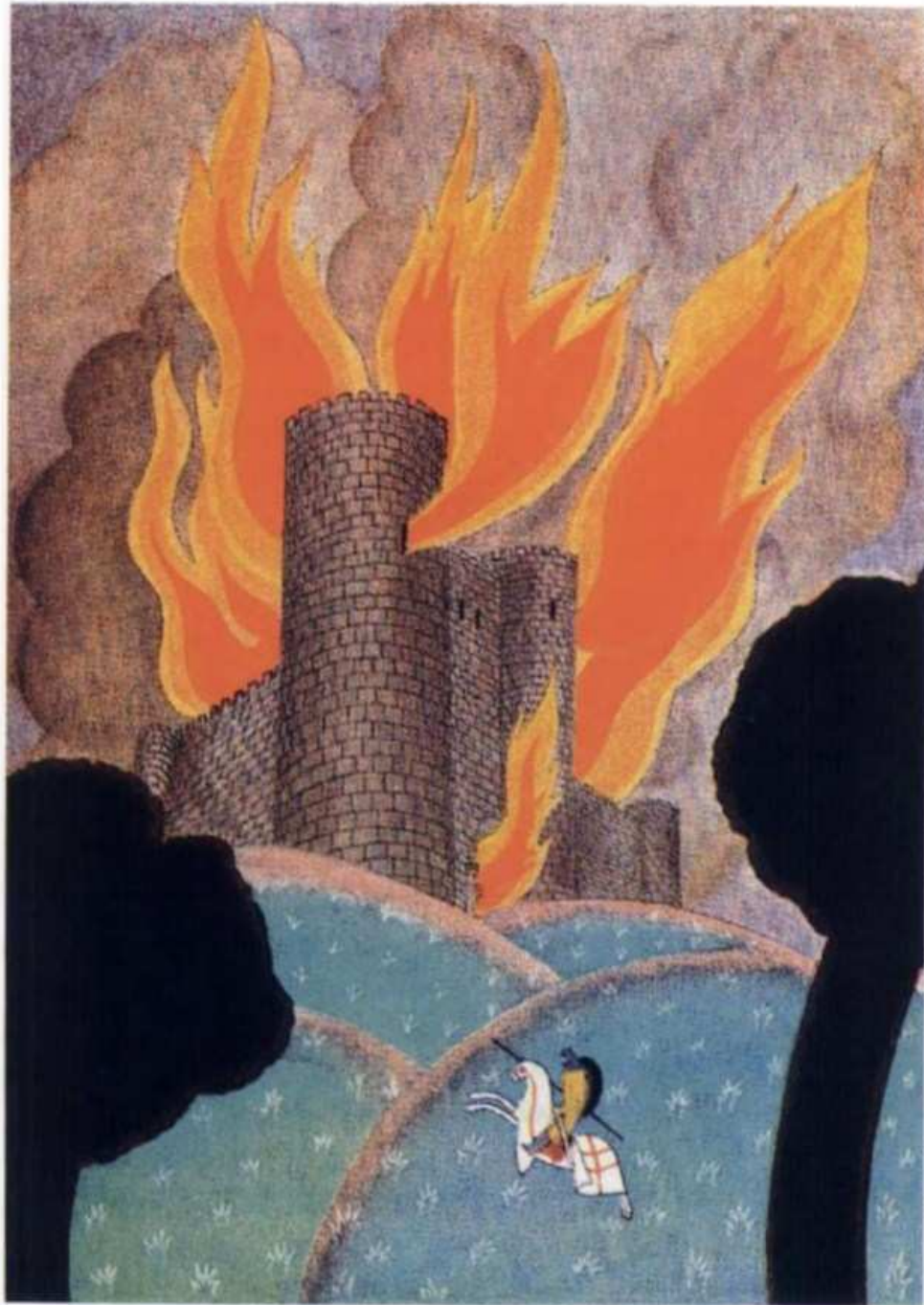
Empieza a llover. El cielo desata su cabellera y la deja caer en lluvia torrencial sobre la noche.

Nunca Babiéca había sentido más nerviosas las espuelas del amo.

¡Cómo corre el pequeño grupo de jinetes entre el ramaje de la lluvia! Parece que fueran suspendidos del cielo por cuerdas de plata.

¿Cuánto tiempo llevan corriendo? El Campeador no lo sabe, pero cree que va atravesando la eternidad.

Después de un siglo de carrera desenfrenada, llegan a lo alto de la loma detrás de la cual ya pueden ver el castillo.



M I O C I D C A M P E A D O R

El castillo está ardiendo. Suben las llamas al cielo en un alboroto de brazos enloquecidos. Son una enredadera de fuego que se abraza y trepa por los cañaverales de la lluvia.

Es el duelo entre dos cabelleras: la cabellera de la lluvia, la cabellera de las llamas. La cabellera que cae del cielo a la tierra, la cabellera que sube de la tierra al cielo.

Al acercarse más los caballeros distinguen las sombras que corren entre las llamas. Sombras de moros que atacan, sombras de cristianos que se defienden. La lucha en la hoguera.

Rodrigo piensa en Jimena. Jimena desesperada, desfallecida, acaso muerta, en el fondo de ese enorme brasero, detrás de esa cortina de llamaradas.

No puede contenerse y un grito ronco, exasperado, delirante protesta en su garganta:

—Santiago Apóstol, ¿qué haces? Juro a ños, hidecanes, que ésta la pagaréis muy cara.

Decirlo y lanzarse en medio de la pelea entre juramentos y espadazos todo fué uno.

Corre el Cid con sus caballeros hecho un endemoniado, de un lado para otro. Sembrando la muerte en zig-zag entre la lluvia y el fuego.

Al verlo los moros, un gran grito se levanta entre ellos:

—¡El Cid! El Cid... Mío Cid, walí, Mío Cid. En mal hora lo vomitan las llamas.

—¡El Cid! ¡El Cid!

Al solo nombre del Cid el espanto y la confusión reina entre los moros.

El Campeador salta de un lado para otro y la espada de la muerte brilla en su mano.

Los moros emprenden la fuga atropellándose, ara-

V. HUIDOBRO

ñándose, cayendo y levantándose, trepando por la lluvia y por encima de la noche.

Rodrigo en la fiebre de su angustia sólo piensa en Jimena. Salvarla a ella de las llamas. Que los moros se vayan al diablo por ahora. Ya la pagarán.

De una ventana de arriba oye salir los alaridos desesperados de la nodriza.

Rodrigo se precipita hacia la escalera para subir a las alcobas. La escalera cortada por las llamas se desmorona en carbones ardiendo.

¿Qué hacer? Sale corriendo y vuelve a mirar la siniestra ventana por donde se oyen los gritos.

Hay un árbol, hay un árbol no lejos de la ventana, que pasa más arriba, casi hasta el techo mismo del castillo.

Está salvada. Bendita sea la mano que plantó tal árbol.

En tres saltos Rodrigo alcanza las ramas. Sube, sube, trepa, trepa. Allá en lo más alto se cuelga de una rama y se deja caer en la ventana.

¡Qué a tiempo llega! Las llamas empiezan a ganar la habitación y entre el fuego y el humo apenas puede ver las manos de la nodriza que se tienden a él.

—Allí, allí está. Sávela.

En un rincón, Jimena, de rodillas, medio asfixiada espera la muerte.

El Campeador corre hacia ella, la coge en sus brazos y se precipita a la ventana.

Jimena le hace un signo: Primero a ella. Salva primero a la nodriza.

Rodrigo, en su angustia, vacila, mira hacia todos lados no sabiendo qué hacer. Rápido coge un cortinaje que empieza ya a incendiarse. Lo tira, lo desprende de

su sostén, lo apaga en el suelo pisoteándolo y amarra en él a la nodriza.

La nodriza, medio muerta, lo mira hacer. Y así en un minuto, él la deja caer por la ventana a sus amigos que aguardan abajo, contemplando la patética escena.

Salvada la nodriza, vuelve a coger a Jimena y con la preciosa carga en los brazos se desliza fuera de la ventana, salta de un saliente a una cornisa, de una cornisa a un balcón, de la muerte a la vida y con ella en los brazos, liviana a su corazón, cae en tierra lejos de las llamas, fuera de los muros de fuego.

Entre los árboles, bajo la lluvia, frente al incendio, el Campeador mece a Jimena sobre sus rodillas. Jimena convertida en un niño (la muerte vuelve recién nacidos a los que se escapan de sus garras) esconde la cabeza en los brazos del hombre y llora, llora.

El Campeador ya no es el Campeador, sino Rodrigo. El alma guerrera desfallece en una ola de ternura.

—¿Me amas aún? ¿Me has perdonado?—pregunta.

Por toda respuesta, ella le estrecha más contra su corazón, su pobre corazón con hambre.

El insiste:

—No te he salvado la vida para que me perdones, sino porque te amo. El cielo nos tiene destinados el uno al otro y yo sé que en el cielo estamos unidos ya. Si yo maté al conde fué porque mi honor lo exigía, y sin honor no me habría atrevido a mirarte. Así ello no fué una prueba de desamor hacia ti, sino al contrario. Comprende el alma de un hombre.

Ella volvió los ojos hacia él y los abrió tan grandes que todo el dolor humano se vació sobre la noche, cruzó la noche entre dos orillas de lágrimas.

V. HUIDOBRO

Rodrigo vió detrás de sus ojos el Vía Crucis de la espera y la besó en la frente.

—Me amas aún, ¿verdad?

Ella no respondió. Tembló entera, bajó los ojos. Una corona de espinas le apretaba la garganta.